

# **TRABAJO MATERIAL E INMATERIAL. POLÉMICAS Y CONCEPTOS INESTABLES, MARCO TEÓRICO Y ESTADO DE LA CUESTIÓN.**

*por Mario Domínguez Sánchez*

## **Posfordismo y esquemas interpretativos del trabajo**

El derrumbe del socialismo real y la crisis de la modernidad capitalista no pueden negar el proceso simultáneo de constitución de la subjetividad, de recomposición de la organización social que se trasladan directamente a la concepción del trabajo. El capitalismo tardío es así portador de conflictividades y antagonismos de nuevo tipo.

En primer lugar, nos encontramos frente a una formidable asimetría entre un sistema de hegemonía internacional -consustanciada con los instrumentos de control monetario y financiero de enorme peso y poder- y las necesidades de la valorización productiva del capital. Asimetría que implica crisis, porque este dominio monetario y financiero se muestra impotente para canalizar las demandas sociales que exigen poner en marcha una producción que reclama la participación y colaboración de la clase trabajadora, la recuperación de los mecanismos de cooperación productiva y legitimidad política, y que necesita igualmente de la inversión capitalista.

En segundo lugar, somos testigos de nuevos antagonismos en la organización de la producción que reflejan los cambios producidos en el trabajo, es decir, en la composición de la clase obrera. Mientras la empresa automatizada edifica la nueva valorización del capital apelando al “alma” del obrero y al compromiso de su inteligencia, el sector terciario basa su productividad en la capacidad del sujeto que trabaja recogiendo y utilizando en el acto productivo la propia relación social. La valorización en el trabajo de la comunicación se construye sobre la creatividad de la cooperación y el despliegue de la subjetividad interactiva.

En tercer lugar, no caben dudas acerca del surgimiento de antagonismos, dinámicas de resistencia y nuevas modalidades de cooperación en espacios que las políticas hoy en boga no logran saturar. Así, junto a

los problemas del desempleo que ocupan el centro del debate político de nuestros días, ha cobrado importancia el planteamiento acerca de la reducción del tiempo de trabajo, así como el de las distintas variantes de redistribución de los ingresos que deberían acompañar a estas medidas: seguro de desempleo, ingreso ciudadano, etcétera. A pesar de haber alcan-



zado el control de la inflación y la estabilización de la tasa de cambios, las políticas de “desinflación competitiva”, orientadas a la búsqueda de la competitividad sobre la base de la disminución de todos los costos que la cooperación productiva y las condiciones sociales de su reproducción exigen, se han revelado incapaces de alcanzar desarrollos económicos sustentables y socialmente inclusivos. La secuencia virtuosa de rentabilidad-competitividad-empleo adquiere características de verdadera parodia ante la persistencia de tasas de desempleo con notoria rigidez a la baja. En ese contexto, se reinstalan políticas orientadas al desmantelamiento definitivo del *Welfare State*: mercantilización de la salud y mayor flexibilización laboral, complementadas por un déficit fiscal interrumpido. Discutir la eficacia social o política de cualquiera de

estas medidas nos remite previamente a la crítica del capitalismo, a la del estatuto del trabajo y a la de las políticas que ellas presuponen, así como a analizar los procesos de constitución política y las subjetividades de nuevo tipo que surgen.

En la era posfordista donde el sistema capitalista se ha expandido a nivel global incorporando todos los espacios sociales, donde la producción asistida por computadora ha triunfado y la informatización se ha extendido en la sociedad, el trabajo y la cooperación social han devenido en una sustancia "social común". Los logros alcanzados por el capitalismo en los últimos tiempos y la extensión de sus relaciones a todos los órdenes de la sociedad generalizaron la ley del capital y sus formas de explotación y delimitaron autoritariamente las fronteras de las verdades posibles, extendiendo el mundo de la disciplina y el control y transformando la sociedad capitalista global en un sistema "sin exteriores". No obstante, lo que llama la atención es que a pesar de que el trabajo se expresa como sustancia común, la teoría no lo ha tenido en cuenta. Somos testigos de una paradoja: mientras el



trabajo ocupa el centro de la escena y el corazón del debate, los discursos teóricos dominantes terminan marginándolo. Mientras los horizontes monetarios y políticos buscan suplir la ley del valor trabajo como elemento constitutivo del vínculo social por diversas regulaciones políticas y monetaristas y excluyen al trabajo de la esfera teórica, no pueden hacerlo de la realidad. Esta situación no ha impedido que el Estado y su organización dependan de la construcción de un orden de producción y reproducción social que se asienta en el trabajo, dado que las formas del Estado y sus leyes evolucionan en función de las mutaciones

que experimenta la composición de aquel. Pero si la naturaleza del trabajo y el trabajo concreto han cambiado, ¿no significa esto un cuestionamiento a la posición central que ocupaba el proletariado industrial en la sociedad fordista?

A este respecto entendemos que únicamente el análisis de la composición técnica puede ofrecernos, aunque de manera paradójica, la dimensión real de la potencia antagonica del nuevo sujeto-fuerza de trabajo. La paradoja reside en que -a pesar de que la nueva fuerza de trabajo tiene una potencialidad productiva mayor que la fordista y que se encuentra instalada en un lugar esencial de la producción, dado que dispone de su propia fuerza intelectual- posee un poder político mucho más débil que el de la clase obrera fordista. Dicho de otra manera, a pesar de que las fuerzas del saber están del lado obrero, de que la socialización de la producción permitió al nuevo proletariado aparecer con toda su fortaleza en la producción y reproducción social, el nuevo proletariado se encuentra dividido, segmentado y con bajo nivel de conciencia de su potencialidad. La actual composición política (CP) de los trabajadores -es decir, su organización política, sus modalidades de lucha y de enfrentamiento y sus políticas de alianzas- se corresponde con una composición técnica arcaica, debilitada y en proceso de extinción. Se relaciona con una composición técnica (CT) obsoleta, incapaz por tanto de hacer frente a las exigencias políticas de la etapa. El surgimiento de un nuevo sujeto político requiere poner en consonancia a la CP con la CT; la organización política y la determinación social del nuevo sujeto deben dar cuenta de la riqueza material y las dinámicas de la nueva CT. Esto significaría proponer en primer lugar un proyecto de sociedad donde se privilegie el saber-trabajo y el saber-cooperación.

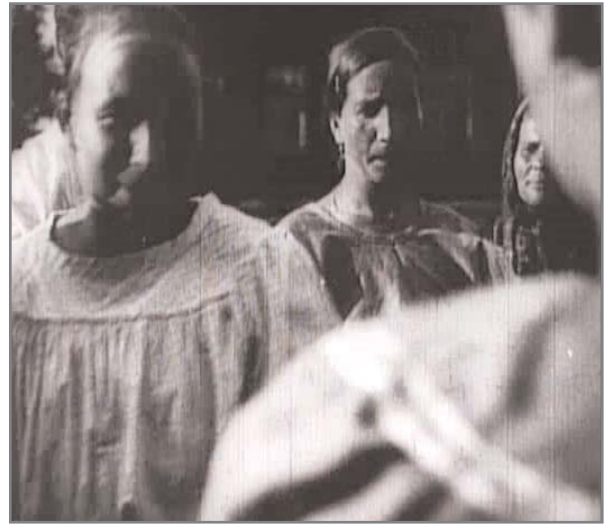
El debate económico sobre la crisis de los modelos fordistas del trabajo se ha desplazado hacia la definición de nuevos esquemas interpretativos del posfordismo y su espacio, cuya definición en muchas propuestas se inserta en el antagonismo entre trabajo material e inmaterial. Entre los varios ejes posibles de análisis de ese supuesto antagonismo y siempre dentro de la tradición marxista/crítica, elegiremos el posicionamiento de los actores en tal confrontación, teniendo en cuenta además tres premisas:

- 1.- Se trata de un análisis marxista del marxismo, esto es, de someter a los autores a una crítica histórico-práctica que mida la capacidad de situar la inevitable discontinuidad y las variaciones de análisis político en el marco de una coherencia de diseño

estructural. Ello se debe ante todo a que las fuerzas subjetivas imponiéndose en la historia cambian nuestros modos de conocimiento de la historia, de modo que el movimiento de las mismas reinterpreta a la misma realidad.

- 2.- El pensamiento crítico no es crítico porque conde-  
ne a priori los efectos sobre las personas de los  
fenómenos y procesos que decide estudiar. Lo es  
porque piensa las raíces de la consistencia de lo  
real, muestra la relación entre lo vivido y los proce-  
sos de carácter general que son radicalmente socia-  
les e históricos. Así, al localizar la condición de  
posibilidad de los fenómenos, señala los espacios  
para una acción eficaz y transformadora.
- 3.- Por último, hablamos, incluso en esta tradición  
marxista/crítica, de un debate sesgado por el deter-  
minismo tecnológico donde la mayoría de las con-  
tribuciones teóricas o empíricas a este esfuerzo de  
definición de los nuevos mecanismos de produc-  
ción/ reproducción concentran su crítica única-  
mente en las condiciones industriales de éxito (o  
fracaso) de los nuevos modelos. Por ello debe bus-  
carse en dichos análisis del espacio posfordista las  
modificaciones de la estructura de clase, de la  
sociedad, de lo ideológico, de lo político.

Una buena forma de comenzar a considerar el proble-  
ma consiste en enfocarlo desde el punto de vista de la  
práctica capitalista. Ahora bien, para el capital no existe  
problema: la reestructuración del sistema es la condi-  
ción para la estabilización del régimen y viceversa.  
Los problemas tácticos surgen en el interior de la rigi-  
dez relativa de esta relación, no fuera de ella -por lo  
menos desde que el desarrollo capitalista ha convertido  
en indeseables las operaciones de fuerza (en el sentido  
de mera fuerza física) sobre la clase obrera y el proleta-  
riado. Para el capital, la solución de la crisis consiste en  
una reestructuración del sistema que diluya y reintegre  
a los componentes antagonistas del proletariado en el  
proyecto de estabilización política. En este sentido, el  
capital conoce perfectamente la relevancia -y a menudo  
la calidad- del antagonismo proletario. Cabe pues acep-  
tar que el capital ha aceptado muchas veces que la lucha  
obrero fue el motor del desarrollo, e incluso que la  
autovalorización proletaria dictase las motivaciones del  
desarrollo; lo que sí se ha visto siempre obligado a can-  
celar es el significado antagonístico, pero no la realidad,  
del movimiento obrero. En el límite, y paradójicamen-  
te, se podría decir que para el capital no hay estabiliza-  
ción política eficaz (es decir, posibilidad de imponer su  
ley y su explotación en la dimensión de una reproduc-  
ción ampliada del beneficio) si no es en la medida en  
que se dan posibilidades de reestructuración a partir  
del movimiento proletario.



El interés proletario se mueve en otra dirección. La de  
captar críticamente el nexo existente entre estabiliza-  
ción y reestructuración, y atacarlo. Destruir esta rela-  
ción en un proyecto de desestabilización y, conjunta-  
mente, de desestructuración, representa el interés  
obrero. Para varias corrientes críticas es pues la conti-  
nua presión de la clase obrera sobre el capital la que  
acentúa las contradicciones y genera las crisis. Cada  
vez que el capital responde a las demandas de los tra-  
bajadores con la expansión del capital fijo y la reorga-  
nización del proceso de trabajo (ciclos del taylorismo,  
fordismo, toyotismo), la clase obrera se recompone  
políticamente en un nuevo ciclo de luchas. Si otros  
insisten en que se trata de un periodo de mundializa-  
ción de la economía, aquí se indica que también de la  
internacionalización de la clase trabajadora. Desde  
esta perspectiva el capital sólo puede responder al ata-  
que de aquella reorganizando su moderno aparato  
productivo a nivel internacional, e incluso tratando de  
reorganizar la reproducción global del trabajo y del  
mercado de trabajo. El desarrollo del capital en el  
fondo no es más que el uso capitalista de la crisis, que  
su precariedad reside en su dualidad funcional: por  
un lado resistir la presión masificada de la clase obre-  
ra, pero por otro tiene que solicitar el antagonismo  
para su propio mantenimiento. Entre desarrollo y cri-  
sis se da pues una relación dialéctica.

La respuesta ensayada por el capital ante la ofensiva  
obrero de los setenta buscó desarticular la composi-  
ción de clase cuya homogeneidad había dado susten-  
to al ciclo de luchas. La ofensiva capitalista se propu-  
so recrear los mecanismos de contención y domina-  
ción del trabajo. Es en ese contexto de permanente  
disputa entre el capital y el trabajo donde debe  
enmarcarse la introducción de las nuevas tecnologías

la desconcentración o deslocalización de la producción fuera de las fábricas y el consiguiente desarrollo de los mecanismos de subcontratación; el crecimiento del trabajo precarizado así como la redefinición de las relaciones entre empresa y Estado; el desarrollo de políticas oficiales de contención salarial, el desmantelamiento de las viejas relaciones keynesianas. Los grandes consensos keynesianos, responsables de la integración social, fueron sustituidos por la ruptura de la unidad de clase, fractura interna que se expresa en el avance de las negociaciones individuales y en la creciente disminución de la sindicalización y en la constitución de una nueva minoría, los parados.

¿Cuáles son entonces las características de la etapa presente? En primer lugar una creciente modificación de los procesos laborales debidos a la automatización de las fábricas y la informatización de la sociedad. Son los servicios que han penetrado en el corazón de la estructura fabril productiva provocando sustanciales modificaciones en la organización del trabajo y los procesos productivos. Pero se trata también de la diseminación de los diversos procesos productivos en el área de los servicios. Los modos de regulación de los flujos comerciales trascienden las barreras nacionales, articulados ahora por los conglomerados transnacionales que han alcanzado una entidad espacial mundializada.

Este proceso ha provocado la potenciación de la circulación en tanto espacio ocupado por el capital en su ciclo de producción y reproducción. Ya no bastan ni el control global keynesiano de la producción ni el control social. El problema sustantivo pasa a ser el control político de la circulación en tanto espacio articulador entre la producción y la reproducción del capital. El tiempo de circulación ocupa un lugar central: la producción es subsumida por la circulación y viceversa, y el trabajo productivo ya no se limita a la producción de capital sino también a la reproducción social.

Puede decirse que uno de los fenómenos más importantes de mutación del trabajo es la modificación espacial experimentada por los procesos de trabajo, que han traspasado la fábrica para diseminarse en la sociedad en su conjunto. Ya no es posible considerar a la fábrica como el lugar paradigmático de la concentración del trabajo y la producción. Sin embargo el aparente declive del estatuto de la fábrica no equivale en realidad a una desaparición del régimen y disciplina laboral, sino más bien a que no están localizadas. Como contrapartida de estos cambios, las relaciones de producción propias del capitalismo pertenecientes al régimen de fábrica se han expandido por la socie-

dad. Bajo estas circunstancias, ¿qué validez adquiere hoy seguir pensando en las distinciones entre trabajo productivo y no productivo, entre producción y reproducción, e incluso entre trabajo material e inmaterial? ¿Acaso no es discutible hoy la validez de estos adjeti-



vos cuando se disuelven las distinciones entre producción y reproducción, economía y sociedad, sometiendo todos los aspectos de la actividad humana a la lógica de la dominación capitalista? En la sociedad posfordista los espacios sociales que escapan a la lógica de la explotación y la dominación capitalista se han visto notablemente reducidos.

De forma más reciente aún asistimos a un cambio en la naturaleza del trabajo que tiende a convertirse en "inmaterial", intelectual, cognitivo, tecno-científico, y que deriva de una nueva condición histórica el desarrollo de una fuerte capacidad de proliferación y multiplicación de las formas de vida, un exceso subjetivo o social imprevisto y no planificado por el capital. Estas mutaciones han dado lugar a cambios en el proceso de trabajo que se caracterizan por el surgimiento de una red cada vez más densa de cooperación de distinta índole, por una integración del trabajo de apoyo en todos los niveles así como por una interrelación informatizada de todos ellos. Marx llamó a este tipo de trabajo *General Intellect*. Debe quedar claro que si bien el trabajo tiende a la producción inmaterial no es menos físico que intelectual. Lo que se ha producido es la integración de periféricos computadorizados al campo tecnologizado de la producción, modificando sustantivamente el proceso de producción, promoviendo su calidad y dando lugar a maquinarias y sistemas de producción de nuevo tipo: la *infoproducción* (Bifo, 2003).



Esta gran transformación surgió hacia mediados de los setenta del siglo pasado cuando las tareas manuales comenzaron a incorporar procedimientos intelectuales y las nuevas tecnologías comunicacionales demandaron exigencias de conocimiento. Sin embargo, la oposición entre trabajo inmaterial y material, entre trabajo intelectual y manual, no puede dar cuenta por sí de la nueva naturaleza de la actividad productiva que integra y transforma esta separación. La división entre concepción y ejecución, entre trabajo y creación, superada en el proceso de trabajo, será posteriormente reimpuesta como dominio político capitalista en el proceso de valorización. En estos tiempos, el anticipo marxiano del *general intellect* adquiere verdadero sentido.

Las nuevas formas de trabajo son constitutivamente sociales en la medida que ellas determinan y construyen una red de cooperación productiva responsable de la reproducción social. De esta naturaleza de la producción del conocimiento se deriva una imposibilidad de separar la fuerza de trabajo de la persona del trabajador, con lo que queda anulada la vieja separación entre medios de producción y fuerza de trabajo. La producción de conocimiento como producción transversal que comprende la totalidad de las tramas de la cooperación social, no conoce un principio definido y tampoco un fin preciso, es un flujo continuo o en otras palabras una externalidad pura. Toda la diferencia con el viejo paradigma puede ser también reconocida en la nueva naturaleza de la mercancía cognitiva: no es mensurable en unidades-producto o unidades tiempo, es imprecisa, irreductible a cualquier ecuación de tiempos sociales medios (el trabajo cognitivo sería así, para quien lo defiende, la expresión palpable de la implosión de la ley del valor trabajo).

Además el conocimiento no es un bien escaso, con lo que no sirve ya el principio de escasez que regía la producción de mercancías materiales: todo ello pronuncia un severo límite a las viejas técnicas de apropiación capitalista fundadas en la salarización de la fuerza de trabajo y la propiedad de los medios de producción. El control y apropiación del *General Intellect* por parte del capital se concentra así en una nueva batalla sobre los derechos de propiedad del conocimiento, sobre los lugares de corte en el flujo de la producción de conocimiento o lo que es lo mismo sobre la explotación de la subjetividad y creatividad obreras.

El trabajo inmaterial puede ser entendido en primera instancia como aquel trabajo productor del contenido informativo y cultural de la mercancía, concepto que se refiere a dos aspectos diferentes del trabajo concreto. El primero está relacionado con el contenido de información de que es portadora la mercancía y alude a las modificaciones del trabajo provocadas en las grandes empresas industriales y las grandes organizaciones pertenecientes al sector de los servicios. En efecto, en estos grandes centros de producción las tareas referidas al trabajo inmediato han cambiado y se encuentran subordinadas de manera cada vez mayor a la capacidad de tratamiento de la información. El trabajo a desarrollar compromete la habilidad para elegir entre diversas alternativas por lo que requiere de responsabilidad para la toma de decisiones. El concepto de interfase complementa de manera acertada las nuevas tareas: interfase entre diferentes funciones, entre distintos grupos de trabajo, entre niveles diferentes de jerarquías. El segundo, relacionado con el contenido cultural de la mercancía, alude a una serie de actividades que, si bien no se encuentran codificadas como tareas, tienden a definir el contenido cultural, artístico, de moda, gustos y consumo estándar; apoyados por lo que se conoce como opinión pública.

La composición de la fuerza de trabajo se ha modificado debido a los mayores niveles de formación exigidos y a la inversión de la relación entre saber y poder. A su vez, la importancia creciente del componente inmaterial del trabajo incorporado en el saber viviente de los seres humanos y en el saber muerto de las máquinas modifica el concepto tradicional de trabajo productivo. Este deja de estar ligado directamente a la producción material de mercancías y al papel motor de la manufactura mientras el sector de los servicios comienza a ocupar un lugar preponderante e independiente. El trabajo inmaterial, que se constituye bajo formas inmediatamente colectivas, vuelve casi obsoleta la concepción de productividad individual, mientras las ganancias de productividad adquieren

un contenido social fuertemente cooperativo. De cualquier manera, esta hegemonía del trabajo inmaterial no es hoy más que una tendencia en la medida en que el taylorismo es todavía hoy una realidad tangible para millones de trabajadores. Hablar de la centralidad del trabajo inmaterial permite tan sólo arrojar algo de luz sobre los intentos del capital por apropiarse de los usos lingüísticos, los comportamientos subjetivos y los propios deseos del obrero inmaterial. Permite también pensar en un nuevo sujeto obrero situado en el corazón de la nueva composición de clase en formación, algunos lo han denominado el obrero social.

El capitalismo tardío es así testigo de notables incrementos y cambios en la cooperación social productiva. Con una fuerza de trabajo cada vez más abstracta, inmaterial e intelectual, la producción de riquezas depende cada vez más de la salud, de la formación y la educación de las fuerzas psicoafectivas y de la capacidad de comunicación y trabajo de cada uno de los sujetos comprometidos en el proceso de producción. Por ello, la problemática del empleo exige analizar previamente la nueva naturaleza social productiva así como su socialización que sin duda ha desbordado a la clásica empresa. Abordar la empleabilidad ligada a la fábrica como único espacio productor de riquezas es un contrasentido, aunque sea éste el tratamiento otorgado por los teóricos del capital y del gobierno. La empleabilidad fabril en todo caso implica la subordinación renovada del trabajo al capital. El problema se plantea porque el espacio fabril sigue siendo considerado como el único espacio de validación social de las formas de cooperación productiva. La lucha de los parados en este contexto invierte los términos del debate en la medida en que ya no se trata de financiar las empresas o el empleo, sino de financiar la nueva naturaleza social productiva, es decir, la salud, la formación, la movilidad, la comunicación.

Los cambios producidos en el universo productivo en los últimos veinte años han afectado la dinámica y la composición de los diversos grupos sociales. Asistimos ante todo a los cambios en la composición técnica de la fuerza de trabajo que adquieren relevancia por dos razones:

a) *Cualitativamente*: el pasaje del fordismo al posfordismo alteró el proceso de producción, al autonomizarlo e informatizarlo. Este fenómeno ha provocado cambios en la naturaleza del trabajo, haciéndolo, como hemos visto, más inmaterial. Asistimos a una progresiva hegemonía de los instrumentos lingüísticos y comunicacionales en la producción

de mercancías, por lo que el trabajo inmaterial y el trabajo intelectual han devenido componentes cada vez más importantes de la fuerza de trabajo productiva.

b) *Cuantitativamente*: asistimos a una especie de disolución de la manufactura y la gran industria en una red que integra la producción y los servicios. El trabajo productivo se disemina en la sociedad y la sociedad como tal se subsume en el proceso de producción. Mientras la fábrica se deslocaliza y la cooperación social alcanza el rango de cooperación productiva, la jornada de trabajo se flexibiliza y el mercado de trabajo se precariza.



En conclusión, mientras la cooperación ha devenido cada vez más inmaterial y la fuerza de trabajo más cooperativa, la composición técnica del asalariado se ha vuelto más y más precaria.

Los cambios en la composición técnica provocan alteraciones en la composición política de la clase trabajadora, induciendo rupturas históricas. Si esto es así, ¿no nos encontramos en la antesala de cambios sustantivos de la recomposición política de los trabajadores? ¿No estamos en presencia de mutaciones significativas en las modalidades de organización y resistencia de los trabajadores a la dominación capitalista? Poco tienen que ver las modalidades de lucha y resistencia de los trabajadores en la época del *New Deal* y del Estado de bienestar democrático con las movilizaciones y planes de lucha de los tiempos posfordistas motorizados por la confluencia de las viejas y nuevas capas proletarias. Ahí están las luchas francesas de diciembre de 1995 que bajo la consigna de "todos juntos" paralizaron momentáneamente la política de privatizaciones y las últimas movilizaciones de este año

en Seattle que dieron al traste con la reunión de la OMC.

Si aceptamos estos presupuestos y formas de enfocar el problema, la nueva composición técnica del proletariado y el trabajo en sí mismo dependería entonces no sólo de la iniciativa del capital sino también y en medida variable del antagonismo de la clase obrera, tal y como han teorizado (1) aquellos contagiados del economicismo y/o determinismo tecnológico, acentuando siempre el principio de racionalidad económica; (2) los “postmodernos” quienes han subrayado ante todo la mercantilización total y el simulacro de la sociedad; (3) los críticos de la tecnología, quienes enlazan el desarrollo criminal de las nuevas técnicas y la desestructuración de la clase obrera; y (4) la corriente de la “autonomía” obrera que ha partido de la sospecha, a nuestro juicio correcta aunque con problemas, que antecede el antagonismo de la clase obrera a la iniciativa del capital.

### El principio de racionalidad tecnológica

A finales del siglo XX, particularmente en los años ochenta y noventa, se registró en la llamada sociología del trabajo el desarrollo y la expansión de las tesis acerca del “fin del trabajo”, con la consecuente tesis sobre el “fin de la vigencia de la teoría del valor”. Ésta habría sido sustituida por la ciencia, abriendo el espacio para el desarrollo del mundo de la vida y la consecuente preeminencia de la “esfera comunicacional”, de acuerdo con la conocida idea de Habermas (1987). Estas tesis tuvieron fuerte repercusión en diversos autores como André Gorz, entre otros, que vislumbraban el advenimiento de la era de la especialización productiva y científica sin trabajo y sin valor; todo esto, en plena vigencia del capital y su sistema de metabolismo social.

Este principio de racionalidad tecnológica postula además la pérdida de centralidad del mundo del trabajo en el capitalismo actual, de modo que las fuerzas del conocimiento y de la ciencia lo habrían sustituido tras el desplazamiento del fordismo-taylorismo que se extendió después de la Segunda Guerra Mundial. Pero quienes sostienen tal hipótesis suele olvidar que esas fuerzas existen articuladas con los paradigmas organizativos y de explotación que han surgido de la reestructuración del capital y de la crisis del sistema. Así ocurre que al contrario de lo que imagina entre otros Jürgen Habermas (1984), las transformaciones por las que pasa el modo de producción capitalista avanzan en el sentido de una racionalización brutal

del trabajo vivo, en tanto fuente productora de valor.

En el núcleo de la separación ficticia de las esferas del trabajo y del sistema radica la concepción habermasiana del desplazamiento del trabajo por el dominio absoluto de la esfera comunicativa como campo de las transformaciones y utopías de la sociedad actual. Sin embargo, es evidente que más allá de esa ficción, el mundo del trabajo, su organización, su sujeción a la dominación y explotación del capital, a la dictadura de las empresas, no sólo es “parte” del sistema capitalista, sino que constituye su premisa, sin la cual perecería. En este sentido, la cientifización de los procesos de producción no ha prescindido del trabajo vivo como fuente importante de producción de riqueza. Siendo así, parece un poco apresurado anunciar el fin de la teoría del valor, basándose solamente en una visión cuantitativa de los factores que entran en la producción de la riqueza. Habermas, en efecto, proclamó el fin de la teoría del valor al plantear que: “la técnica y la ciencia se tornan en la principal fuerza productiva, con lo que caen por tierra las condiciones de aplicación de la teoría del valor del trabajo de Marx”. Como si la *ciencia* y la *técnica* no fueran *fuerzas productivas materiales* que sólo gracias a la acción de la fuerza de trabajo y al modo cómo la utiliza el capital en el proceso productivo participan en la formación de valor y plusvalía. Sin la acción de la fuerza de trabajo y el consiguiente desgaste físico e intelectual del obrero *cesaría* la producción de riqueza para toda la sociedad y, finalmente, se provocaría el derrumbe del capitalismo.

Incluso este planteamiento rígidamente determinista es inconcebible para Jeremy Rifkin (1997, 2000), al situarse al margen de la generalización del trabajo social como trabajo abstracto en la sociedad capitalista, puesto que las empresas transnacionales y multinacionales lo *utilizan* como un “empleado más”, un miembro del obrero colectivo del capital social en la producción de plusvalía a nivel mundial. Para sustentar su “teoría de la acción comunicativa, como campo antagónico y excluyente del valor, Habermas separa anticipadamente el mundo del trabajo tanto de la esfera que él denomina de la vida (o “esfera comunicacional” o de la “intersubjetividad”) como del “sistema”, regulado por la “razón instrumental”, la cual incluye las esferas del trabajo, de la economía y del poder. Una vez realizada esta separación, afirma que “la centralidad se transfirió de la esfera del trabajo a la esfera de la acción comunicativa”, porque “aquí se deposita el núcleo de la utopía transformadora”, de la “emancipación”, debido a que dicha centralidad fue racionalizada y entregada al dominio del capital, particularmente después

de la Segunda Guerra Mundial. La supuesta pérdida de centralidad de la categoría trabajo y el pretendido “adiós al proletariado” de André Gorz (1990) eran repetidos efusivamente como aspectos que no sólo afectan al ámbito profesional, sino que atañían directamente a la sociedad en su conjunto. Por una parte, su elaboración suponía una excepción notable a los enfoques tradicionales sobre el trabajo industrial y la mediación sindical. Por otra, su intento de formular una propuesta alternativa cobraba forma precisamente a partir del *impasse* en que se ha encerrado el debate actual, al plantear que “ya no vivimos en una sociedad de productores, ni en una civilización del trabajo”.



En otros términos, la ley del valor trabajo ya no permite evaluar ni cargar de sentido el carácter cada vez más social de la producción; su reproducción ya no corresponde a ninguna racionalidad económica objetiva. Mientras que una formidable reducción del tiempo de trabajo necesario abre el horizonte de una liberación progresiva del trabajo manual y asalariado, parece que su imposición sea socialmente anti-económica, improductiva, un despilfarro insensato del tiempo y el *savoir-faire* colectivos. Encontramos curiosa-mente la misma concepción en Toni Negri y Michael Hardt (2001) cuando proclaman, sobre la base de la separación artificial de la esfera del trabajo de la del sistema, la “necesidad” de crear una “nueva teoría política del valor” que, por lo tanto, descarte a la teoría del valor-trabajo de Marx: “El lugar central de la producción del superávit [sic], que antes correspondía a la fuerza laboral de los trabajadores de las fábricas, hoy está siendo ocupado progresivamente por una fuerza laboral intelectual, inmaterial y comunica-

tiva. De modo que es necesario desarrollar una nueva teoría política del valor capaz de plantear el problema de esta nueva acumulación capitalista de valor que está en el corazón mismo del mecanismo de explotación (y por ello, quizás, en la médula de la sublevación potencial). En su obra estos autores no esgrimen un solo argumento que explique por qué se debe crear una “nueva teoría política del valor” que corresponda a la categoría de *Imperio* que utilizan en su libro ni por qué es insuficiente la economía política marxista.

De este modo, según una dinámica cuyo caso ejemplar es el norteamericano, lo esencial de los empleos creados atañe a los servicios a las personas (improductivos) que cada cual podría hacer por su cuenta. En realidad, la profundización de las desigualdades que deriva de ello ya no tiene ninguna justificación social y mucho menos económica, a saber la extracción de un *plus* para la acumulación futura. En nombre de la ideología del empleo por el empleo debería reducirse al estatuto de “servicio” (para una minoría de privilegiados) la riqueza del saber social acumulado por una generación entera crecida en la escolarización de masa. Frente a esta irracionalidad, Gorz exalta la autonomía y la creatividad de la sociedad civil hasta llegar a la propuesta de una “renta universal”. Esta renta debería constituir un “derecho regular que ya no descansa en el valor del trabajo ni se concibe como una remuneración del esfuerzo. Tiene como función esencial distribuir a todos los miembros de la sociedad una riqueza que resulta de las fuerzas productivas de la sociedad en su conjunto”. Sin embargo, esta intuición que une renta garantizada y socialidad de los mecanismos de producción, pierde buena parte de su alcance desde el momento en que Gorz la concibe únicamente como una radicalización del tiempo privado. Desconecta la cuestión del tiempo liberado de la del trabajo y en esa medida de las formas de cooperación que aseguran la producción de riqueza. Por último, en contradicción con la propia lógica de su análisis, Gorz deja a un lado la cuestión central, la del mando del capital sobre la cooperación social productiva. La problemática de un “rédito universal” sólo cobra su verdadero sentido en la medida en que está unida a la liberación del trabajo no sólo como fuga hacia el tiempo libre, sino, sobre todo, como reapropiación de las condiciones sociales de la producción de riqueza.

Se trata además de tesis fuertemente eurocéntricas que, en gran medida, desconocían lo que realmente ocurría en el universo del trabajo a nivel mundial y en particular subestimaban lo que sucedía en países importantes como China, India, México, Brasil, entre tantos otros. Curiosamente, mientras más se esmera-



ban estos autores en el plano gnoseológico por desarticular el trabajo, paralelamente, el trabajo resurgía en el plano ontológico como una cuestión crucial en el viraje hacia el nuevo siglo XXI. Con un espíritu menos eurocéntrico pero no obstante con un criterio fuertemente determinista por la vía tecnológica nos encontramos a Castells (1997, 2003). Las innovaciones tecnológicas imparables plantean un sometimiento de modos, tiempos, sujetos y movilizaciones a sus imperativos que se nos aparecen como una caja cerrada, ya establecidas en cuanto a sus usos, y que a pesar de las tensiones y diferencias estructurales, anuncian una etapa de promisión.

Por otra parte son también teorías que enlazan con el vicio original de la economía política: reducir las dinámicas sociales a un simple epifenómeno, variable dependiente del espacio económico. De este modo, el debate girará en torno a las diferentes modelizaciones de la lógica objetiva que había asegurado el cierre armonioso del “fordismo” y su continuación determinada por la crisis de aquel. Por esta razón, por encima de los diferentes diagnósticos, las interpretaciones de la crisis permanecen encerradas en el análisis de los límites objetivos del modelo “fordista”. Es aquí donde se encuentran los enfoques institucionalistas americanos como el paradigma de la “especialización flexible” de M.J. Piore y C.F. Sabel (1990). Su obra pionera (*The New Industrial Divide*) marca un giro en la definición de las formas y modalidades de la transición del rígido modelo fordista de producción a otro de producción multi-producto y flexible, elevando los fenómenos de descentralización productiva al rango de nuevo modo de funcionamiento global de la economía. El problema es que este análisis del espacio posfordista se ve sesgado por la formalización del período fordista que acepta.

En efecto, para Piore y Sabel, el fordismo se basaba en condiciones técnico-económicas de producción (producción en serie) cuya viabilidad se veía asegurada por las dimensiones de los mercados y la composición de la demanda. En este sentido, el “productor fordista” como “productor en masa” se organizaba para producir en grandes volúmenes un único bien poco diferenciado. De este binomio, producción en serie/consumo de masa, se desprendería una organización correspondiente del trabajo (y por tanto de la relación salarial) basada en la doble jerarquización taylorista: horizontal (parcelización de las tareas) y vertical (entre concepción y ejecución). Pero, a consecuencia de la inestabilidad cuantitativa y cualitativa de la demanda, y del paso a un crecimiento lento e inestable, marcado por una demanda sometida a una obsolescencia rápida, se llega a la nueva centralidad de las pequeñas unidades productivas. Gracias a su flexibilidad, incluso a su capacidad de reaccionar casi instantáneamente a las fluctuaciones de la demanda, estas unidades superarían a las grandes empresas “rígidas”, de ahí la instalación tendencial de un nuevo paradigma industrial, más descentralizado y más innovador, cuyas condiciones técnicas y relaciones sociales representarían una verdadera superación del modelo fordista.

La “bifurcación” hacia el nuevo paradigma aparece entonces como un “desplazamiento de centralidad”, del segmento de la gran industria al de la pequeña empresa innovadora y dinámica. Más en general, habría una especie de retorno a las tradiciones artesanales y a sus instituciones. Precisamente, la inercia institucional de las tradiciones y las formas sociales antiguas permitiría a determinados países y regiones, más que a otros, realizar con éxito esta mutación (Bagnasco, 1977; Benko y Lipietz, 1994; Brusco, 1992). Además, la noción de “flexibilidad” que emerge de este análisis se determina de manera cada vez más cualitativa; se trata de un concepto que aparece como un crisol de técnicas y tecnologías que pueden unir: cambios rápidos y frecuentes de modos, estilos y tipos de producto; adaptaciones o re-programaciones fáciles de procedimientos y actuaciones; efectos de vuelta (*feed back*) rápidos en términos de calidad y cantidad, entre productores, vendedores y usuarios (Boyer, 1986). Se traza un verdadero desplazamiento cualitativo en la medida en que la caracterización del nuevo paradigma se debe a la visualización de las relaciones deterministas que se establecen entre agenciamientos técnicos y agenciamientos organizativos.

Las explicaciones tecnológicas han recibido muchas críticas metodológicas. Algunas se dirigen contra explicaciones concretas (por ejemplo, porque se apo-

yan en muy pocos datos o en una selección interesada de los mismos); otras van contra la explicación funcional y esta estrategia explicativa en su conjunto que concibe a la tecnología como una variable independiente y a las otras como factores a adaptarse. Probar esto es trivial. “La noción de ventaja adaptativa es indeterminada: estipula groseramente lo que es imposible, pero hace aceptable cualquier cosa que sea posible. O banal: desde el momento en que una sociedad existe, funciona y es una banalidad decir que una variable es adaptativa porque cumple una función necesaria en el sistema. También cabe cuestionar la neutralidad axiológica de estas teorías, apuntando a un sustrato ideológico subyacente y/o señalando ciertas implicaciones políticas: las explicaciones tecnodeterministas convierten a la Humanidad en “yunque” del cambio, nunca en el martillo; y las actuaciones políticas, más allá de la denuncia de las supuestamente necesarias desigualdades subordinadas a la lógica de los procesos de transformación social, no hacen sino insistir siempre en la adaptación y la oportunidad.

### **Mercantilización total y globalización**

Frente al determinismo tecnológico del anterior modelo teórico, esta corriente insiste en plantear una denuncia, en ocasiones elitista, de la tendencia a la homologación, a la desnaturalización de las diferencias que conjugan múltiples esferas del trabajo y la vida para decantar el estilo general del universo producción/reproducción. Se trata de una imputación culturalista, sin apenas capacidad de movilización política. Y no se trata de un efecto mecánico de las leyes de la técnica o la economía sino una lenta creación política del capitalismo dirigida a establecer las mejores condiciones para su funcionamiento y dominación, pero disipándose como un sistema de coerción, filtrado en nuestra existencia como si fuera un medio ambiente. Transición pues del capitalismo de producción (trabajar sin vivir: fordismo como último capítulo) donde la vida era un producto del trabajo, al capitalismo de consumo (vivir sin trabajar: el capitalismo convierte en mercancía todo cuanto encuentra, de la cultura a la política: la vida como producto de la compra); al capitalismo de ficción: la vida como juego mediático, como espectáculo: de ahí su carácter flexible, mediático, mediador, capaz de transformar la aspiración de “otro mundo es posible” en su proyecto, en su necesidad.

El trabajador de la nueva economía parece poseer su medio de trabajo, el conocimiento, con el que se desplaza de un lugar a otro y con frecuencia, la organiza-

ción parece necesitarlos más a ellos que al revés: crece la autonomía, se premia la iniciativa y la invención. Nada que ver con los tiempos del capitalismo de producción y sus cadenas donde el cronometraje de las tareas acentuaba el desmenuzamiento cosificador y se aglomeraba la conciencia de los explotados. Lo que ahora se denuncia es la integración, compleja y plural: ausencia de identidades sólidas que impliquen la adscripción sin ambages a un solo marco de movilización (partido, sindicato) y la proliferación de nuevos movimientos sociales. Aquí por ejemplo encontramos la corriente que representa el pensamiento más *tópicamente postmoderno*, cuyo máximo exponente es Jean Baudrillard. Sin posibilidad de distancia respecto a una realidad hecha simulacro, sólo nos queda hundirnos en la evanescencia sin fondo de las pantallas que la componen. Hundidos en la pantalla... porque hemos abandonado el barco.

Es cierto que la demanda de profesionales y técnicos es mayor que la de no profesionales y personal descalificado o semicalificado sobre todo en los servicios. Pero este mercado de trabajo no se desarrolla en procesos y empresas de tecnología de punta informatizados. Según la OIT (1999) la demanda de trabajadores calificados ha aumentado tanto en los países desarrollados como en los países en vías de desarrollo. Entre 1981-1996 los nuevos empleos creados en las economías avanzadas han sido sobre todo para profesionales y técnicos. En los países en desarrollo estas mismas categorías ocupacionales han experimentado crecimientos notables, pero en menor grado. Por el contrario, el aumento de empleos para los trabajadores de producción, entre los que se incluyen trabajadores manuales y artesanos diestros, pero principalmente trabajadores no calificados o poco calificados, ha sido pequeño tanto en los países en desarrollo como en los desarrollados, y en algunos casos no ha habido aumento, sino disminución. La única excepción a esta regla se encuentra en el sector de ventas y de servicios. La creciente incorporación a este sector de trabajadores no calificados refleja el auge de los servicios en las economías desarrolladas, así como una tendencia de los que buscan trabajo a capacitarse en las destrezas demandadas por los empleos del sector de los servicios.

Ciertamente el sector de los servicios ha entrado en un proceso estacionario porque “La automatización y la reingeniería ya están empezando a sustituir el trabajo humano en un amplio espectro de campos relacionados con este sector” (Rifkin, 2000: 29). Sin embargo, esta pérdida de dinamismo de los servicios en la creación de empleos no significa, ni mucho menos,

que el trabajo asalariado deje de existir o quede minimizado frente a otras fuentes de producción como la tecnología o la ciencia. Como dice James Petras cuando critica a los partidarios de la “tercera vía” socialdemócrata: “las pretensiones de los ideólogos de la tercera vía acerca de que estamos ingresando en una nueva era económica, postindustrial, una economía de alta tecnología informática, son de una falsedad patente. En Estados Unidos, las industrias de computadoras representan menos de 3% de la economía. Su impacto en la productividad ha sido insignificante y el valor de sus acciones ha sido enormemente inflado por los ideólogos de la tercera vía y los especuladores del mercado de valores. Los sistemas informáticos de alta tecnología son un elemento subordinado a una economía predominantemente financiera e industrial, más que una fuerza dinámica independiente. El intento de los ideólogos de la tercera vía de darles un brillo tecnológico posmoderno, al ligarlo a los magnates financieros multimillonarios, simplemente hace agua. Las realidades económicas, una vez más, desmienten las pretensiones ideológicas.” (Petras, 2000: 151-152). El desarrollo de la sociedad informática no permite justificar la tesis relativa a que el trabajo asalariado ya no es el eje del conflicto social y de la reproducción del sistema debido a la disminución del volumen de empleo en el sector industrial y al crecimiento del mismo en sectores como los servicios. Por el contrario, es una realidad palpable que el sistema capitalista —y, por tanto, el trabajo asalariado— ha ensanchado su esfera de acción, y las “nuevas formas” de trabajo que generalmente se ponen como ejemplo para “comprobar” la supuesta pérdida de centralidad del trabajo (como el trabajo a domicilio, el trabajo a destajo, los servicios, el trabajo por cuenta propia, el trabajo intelectual en las industrias de la computación y de microchips, etcétera) corresponden a la lógica del capital global. Por lo demás, es evidente que la informalidad y la marginalidad no se sustraen a las determinaciones del ciclo del capital, particularmente a la dinámica capitalista de los precios y por ende de los salarios, tasas de interés, moneda, tipo de cambio, etcétera y de la circulación capitalista en general.

La gestión directa del capital sobre actividades que antes eran de la incumbencia del Estado, tales como el desarrollo de la informática y de los medios electrónicos de comunicación de masas, el diseño y ejecución de políticas económicas y sociales, no cambia la *esencia contradictoria* del modo capitalista de producción, sino que confirma su vocación global de convertir toda actividad humana, social, política y cultural en atributo mercantil del capital. Muy lejos se está del “advenimiento” de sociedades postmodernas susten-

tadas en “terceras vías”, porque esas sociedades siguen reposando, hoy más que nunca, en la propiedad privada de los medios de producción y de consumo, así como en la explotación de la fuerza de trabajo. Esta es la realidad del “nuevo capitalismo” que autores como Jeremy Rifkin (1997, 2000) ocultan con consignas ideológicas del “fin del trabajo” y la “era del acceso” que supuestamente vienen a reemplazar a la propiedad privada dentro del mismo capitalismo.

En otro orden de cosas, esta corriente ha introducido un debate sesgado a través de la globalización del capital por las estrategias de las empresas para enfrentar la inestabilidad de los mercados en condiciones de una globalización cada vez más grande, dotando con ello a dicho término de una lógica objetiva que asegura el cierre de un modelo de producción/reproducción fordista básicamente nacional y una diagnosis de su sustitución necesaria. Sin embargo, la problemática conceptual “globalización-mundialización” del capital no constituye un debate cerrado, como tampoco supera la relativa a la actual fase del capitalismo sustentada en el predominio de las grandes corporaciones multinacionales, en el capital financiero y en la formación de la *tríada hegemónica* expresada en los bloques comerciales y económicos liderados por Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Las cuestiones relativas al Estado-nación y a la internacionalización del capital tampoco agotan la discusión, aunque son componentes esenciales de la mundialización. Al referirse a la globalización algunos de estos autores acentúan su carácter o bien comercial o productivo; otros se centran en la informática y los sistemas de comunicación, y otros más en los sistemas financieros y monetarios o el fortalecimiento de los servicios, sin olvidar a quienes privilegian los pro-



blemas culturales y ecológicos. Todas estas características indudables de la actual fase de globalización creemos resultan insuficientes para explicar su naturaleza, pues se ignora el eje central que caracteriza a la globalización capitalista: la *ley del valor trabajo* tal como la planteó Marx por cuanto describe y explica el proceso de generalización del trabajo abstracto en la sociedad capitalista contemporánea. Este nuevo orden internacional tiende a acortar los ciclos de rotación del capital fijo, intenta elevar la productividad del trabajo y obtener ganancias extraordinarias mediante la revolución constante de los precios y la apertura de nuevos y variados mercados para la realización mercantil de la producción.



Samir Amin constata esta idea cuando indica que: “la ley del valor no funciona entonces más que si la mercancía presenta dos caracteres: *i)* que es definible en cantidades físicas distintas —un metro de tela de algodón estampada por ejemplo—; *ii)* que es resultado de la producción social de una unidad de producción claramente separable de las demás, teniendo fronteras definidas —aquí por ejemplo, una fábrica de tejidos y estampados que compra los hilados de algodón y vende la tela estampada. Entonces se puede en efecto calcular la cantidad de trabajo socialmente necesario para producir una unidad de la mercancía considerada.” (Amin, 2001: 75). En los mercados globalizados la realización del valor de cambio y de la plusvalía contenida en las mercancías requiere que las antiguas y nuevas empresas (pequeñas, medianas o grandes) planeen y tomen en consideración una serie de factores para poder subsistir y expandirse. Uno de ellos es la simultaneidad de la producción de un producto en varios países del mundo, digamos, la fabricación de

un automóvil que es propiedad de una empresa transnacional, cuyas partes se producen en cinco o seis países diferentes. Pero no basta con eso; además, se necesita garantizar el suministro de materias primas, de instrumentos de trabajo y de fuerza de trabajo requeridos por la competencia y la productividad media en el plano mundial, como condición para la formación de “ventajas comparativas y competitivas” respecto a otras empresas, capitales o naciones que están expuestos a la competencia internacional. Lo anterior incide en la fase distributiva de mercancías y, por ende, en la realización de las ganancias. Es así como Jeremy Rifkin llama la atención sobre lo que significan los retrasos en el diseño de productos de la industria automotriz: “Diferentes estudios realizados en los últimos años sugieren que hasta el 75% del costo total de un producto queda determinado en la etapa de concepción”, perdiendo eficacia, desde el punto de vista empresarial, la fase de ejecución del producto representada por el 25% restante de su valor. Sólo seis meses de retraso bastan para que las empresas de ese ramo pierdan alrededor de 33% de sus ganancias. Otro fenómeno adicional es la “subcontratación” (*outsourcing*). En la actualidad empresas transnacionales como Chrysler consiguen de proveedores externos más del 70% del valor de sus productos, lo que implica una extensión de las características de calidad, productividad y competitividad de las grandes empresas transnacionales a las empresas subcontratistas que aspiren a convertirse en sus beneficiarias y de este modo en dependientes de aquéllas. Debido al estrechamiento e intensificación de la competencia en escala mundial, así como al extendido fenómeno de subcontratación, debe determinarse el valor de las mercancías, de los servicios y de los procesos de investigación, ciencia y desarrollo encaminados a la producción de nuevas mercancías y tecnologías, que en la práctica de la competencia *real*/intercapitalista están monopolizadas por las grandes corporaciones multinacionales, de las cuales más de 50% son norteamericanas. Estas empresas son las que en realidad se apropian la masa de plusvalía que producen en el mundo millones de trabajadores. Por supuesto, todo esto requiere una codificación institucional, es decir, legislaciones, normas, estatutos y reglamentos encaminados a romper las trabas y obstáculos que, desde el punto de vista del capital, “estropean” la globalización (flexibilidad). La flexibilidad laboral y la fase especulativa del capital que bloquea la producción de valor no alteran, sino confirman, la estructura del orden capitalista y sus leyes, particularmente la ley del valor-trabajo que rige la mundialización del capital.



### Desestructuración de la clase obrera

A partir de la crisis del fordismo y en el contexto de despliegue general del capitalismo y como resultado de la dialéctica trabajo-capital, la recomposición del capital significa la desestructuración de la clase obrera, interpretando la crisis como crisis de la clase obrera. Esto significa que el capitalismo no está en crisis, sino en un proceso de recomposición que implica la salida de determinados capitales (individuales, estatales y a niveles geoestratégicos) del proceso de valorización, siendo un proceso posible gracias a la desestructuración de la clase obrera, resultado de la ausencia de un proyecto alternativo de la fuerza de trabajo frente al capital. A estas precisiones es posible añadir la complejización de la clase obrera, vinculada a la dilatación de la esfera de la producción hacia la esfera del consumo, y la proyección de un Estado planificador (colonizador de los mundos de vida) sobre la sociedad. Esto es, de la supeditación formal del trabajo bajo el capital a la supeditación real, de modo que el capitalismo se realiza como totalidad. Este despliegue, que es el despliegue de la sociedad capitalista, ha girado sobre dos espacios: 1. la utilización de trabajo como valor de uso (entre sus mecanismos encontramos el alargamiento e intensificación de la jornada de trabajo) y 2. la reducción del valor de cambio del trabajador; todo ello mediante:

- Un ataque directo al salario gracias entre otras a la desprotección sindical, la constitución de un ejército de reserva de mano de obra, pese al aumento de la capacidad productiva del salario por innovaciones tecnológicas que permiten incluso la sustitución de trabajo por maquinaria.

- El propio capital se ha encargado de restituir el viejo sentido del trabajo, instrumento de tortura y sujeción política, aunque ahora se intente vender como bien escaso. Este desplazamiento del trabajo hacia lo residual deja paso a un nuevo ídolo que se coloca en el centro de las relaciones sociales: el dinero. La consecuencia es obvia, la monetarización general de todas las relaciones y mercantilización absoluta. Todo ello unido a la ausencia de necesidad alguna de trabajo humano en multitud de actividades ligadas al ciclo productivo origina, entre otras cosas que el salario en sus varias modalidades (salario del empleado, subsidio de paro, renta mínima de inserción) se convierta en “salario del miedo”: remuneración a cambio de orden, de un uso adecuado, funcional (trabajo, formación, civismo). El capital nos somete a un doble vínculo: ser trabajadores sin trabajo y por otra parte nos impone políticamente la ley del valor trabajo (solo se puede intercambiar salario por trabajo).
- Aparición del salario indirecto, desmercantilización (y dependencia) progresiva de un contingente cada vez mayor de la sociedad (Offe, 1984) inserto en la intensificación de los procesos que tienden a individualizar la negociación de las condiciones salariales. Un proceso que se desarrolla en dos líneas paralelas: una que rompe la estructura de la negociación colectiva, otra que facilita las formas de negociación individualizada.
- Un proceso de fragmentación de la producción (descentralización productiva, externalización, subcontratación) y la generación de un mercado de trabajo fragmentado que ha actuado disolviendo a la clase obrera como realidad político-organizativa.
- Quiebra de las organizaciones obreras que permite actuar libremente en la reconfiguración del mercado de trabajo con cambios en las relaciones jurídico-laborales (trabajo precario, sumergido), en las condiciones de trabajo y en las condiciones salariales (no sólo descenso sino inseguridad, nominalización salarial). Tres rasgos caracterizan esta crisis: la caída de las tasas de afiliación, el progresivo estrechamiento de sus bases sociales lo cual conlleva que el hecho sindical aparezca circunscrito casi en exclusiva a grandes empresas y determinadas ramas de la producción y se encuentre prácticamente ausente en sectores donde predomina la temporalidad; y la aparición y desarrollo de sindicatos circunscritos a ámbitos concretos de trabajo. Todas ellas se podrían resumir en la baja representación, dependencia y cooptación, y la necesaria corporativización.

Pasaje en definitiva desde la clase obrera a la fuerza de trabajo, con tintes más o menos miserabilistas que contemplan con claro pesimismo los nuevos cambios acaecidos en la sociedad actual y que anuncian la ruptura de cualquier capacidad por parte de la fuerza de trabajo de sustraerse a las determinaciones de la lógica del mercado. Para profundizar en esta disyuntiva han sido de utilidad los enfoques teóricos que consideran la dualidad de la estructura del mercado de trabajo, por un lado, arrastrando elementos del pasado y, por otro, estableciendo premisas de que en realidad son las nuevas formas de trabajo de la sociedad postindustrial (VV.AA, 1993). En este sentido, el sociólogo francés Robert Castel (1997) se refiere en su diagnóstico del modelo social actual de dos zonas contrapuestas que conviven en la realidad social: las zonas integradas y las zonas de vulnerabilidad social, otorgándole en su modelo social una relevancia importante al ámbito espacial. En cuanto a las zonas integradas o zonas sociales, entendidas como autoconcentradas y soberanas, cabe entender que la integración se produce tanto a nivel social como a nivel espacial representando zonas de alto consumo, alta innovación, dinamismo tecnológico, disponibilidad de servicios, etc. Éstos son capaces de generar una situación de hegemonía política y social y en ellas se mueven las clases dominantes en ese universo cosmopolita de grandes ciudades interconectadas, haciendo uso de un consumo cada vez más individualista y productivista.

Las otras zonas son espacios geográficos y sociales más distanciados de las primeras (no necesariamente alejados de forma física). Las zonas de vulnerabilidad social, que cada vez generan más riesgo y mayor empleo precarizado, y por tanto con menores situaciones de seguridad, no poseen ninguna hegemonía en el orden de lo económico, ni capacidad de decisión. Estas zonas dependen de las decisiones ajenas y “tenden a generar una dinámica de tipo secundario, una dinámica de características residuales, donde se concentran de manera porcentualmente significativa las actividades más degradadas y los mayores niveles de actividad precaria, imperfecta, de baja innovación y de irregulares condiciones de contratación y realización del trabajo” (Alonso, 1998: 54).

El modelo de Castel acepta la proliferación de estas zonas en la estructura social de Europa, llegando a reproducirse tanto de forma social como de forma territorial. Estas zonas tienden a tener una fuerte dependencia de recursos económicos, tecnológicos, educativos, informacionales, comunicacionales y culturales, de las zonas de decisión. Las distancias no se hacen



importantes a través del orden físico sino por la dimensión social. En este sentido, cabe pensar que el trabajo de la confección, las organizaciones productivas y el contexto en el cual se desenvuelven, en el caso de que tuvieran lugar las atribuciones anteriores, podrían identificarse con este espacio vulnerable ubicado en los espacios más favorecidos por la economía, que se asimila perfectamente con una dimensión social determinada como consecuencia de esa vulnerabilidad productiva, y a una dimensión territorial, afectando de forma homogénea a un espacio determinado.

En la mayoría de los casos la exclusión es un concepto perverso que hace suponer que hay gente que está en fuera de lo social, cuando nadie en realidad lo puede estar. Por eso parece más válida la noción de marginalidad, porque el hecho que estas personas se encuentren en el borde no significa que hayan cortado su relación con el centro. Por eso es que, más que la exclusión, Castel (1997: 14-17) intenta introducir la desafiliación para ubicar a la gente en dificultad. “La exclusión se impuso hace poco como un concepto al cual se recurre a falta de otro más preciso para dar a conocer todas las variedades de la miseria en el mundo: el desempleado de larga data, el joven de los suburbios, el sin techo, etc. (...) La cuestión de la exclusión deviene entonces en la “cuestión social” por excelencia. El impacto no cesó desde entonces”.

Según Castel, hay fuertes razones para rechazar el uso conceptual de la noción de exclusión: “La primera razón para desconfiar de la exclusión, es justamente la heterogeneidad de sus usos. Ella nombra una infinidad de situaciones diferentes, borrando la especificidad de cada una. Dicho de otro modo, la exclusión no es una noción analítica. No permite llevar a cabo investigaciones precisas de los contenidos que pretende abarcar”.



Y agrega: “En efecto -la segunda y principal razón para desconfiar de esta noción- hablar de exclusión conduce a autonomizar situaciones límites que toman sentido únicamente si las reubicamos en un proceso. De hecho, la exclusión se da como el estado de todos los que se encuentran por fuera de los circuitos activos de intercambios sociales. En última instancia, esta señalización puede valer como una primera localización de los problemas que deben ser analizados, pero habría que agregar enseguida que estos “estados” no contienen su sentido en sí mismos. Son el resultado de diferentes trayectorias que los marcan. Efectivamente, no nacemos excluidos, no fuimos siempre excluidos, a menos que se trate de un caso muy particular”.

Qué es posible hacer para reintroducir en el juego social a los individuos excluidos por la coyuntura y poner punto final a una cascada de desafiliación que amenaza con dejar debilitado el conjunto social. Cae preguntarse si es el Tercer Sector quien evita que los individuos caigan, utilizando la terminología de Castel, de la vulnerabilidad a la desafiliación social. Al respecto es necesario explorar las condiciones de constitución y mantenimiento del tejido social. Este autor alerta sobre el peligro para la construcción del tejido social de aquellos individuos que se hallan en permanente dependencia. Este concepto nos permite realizar una mirada crítica sobre los efectos, tanto a nivel individual como social, del Tercer Sector.

En el mismo sentido, Andrés Bilbao (1999), con su contribución a la perspectiva del conflicto social, señala que éste es generado por las irregularidades existentes en las condiciones de trabajo y que aún permanecen ocultas a ojos de la justicia social. La precariedad laboral, según este autor, es una degeneración

del mercado de trabajo en una de sus formas más hostiles, una tendencia que supone un claro síntoma de hacia donde se dirige la nueva configuración del mercado de trabajo. El origen de esta deformación se sitúa en las reformas del mercado de trabajo que han tenido lugar en los últimos años y que han favorecido la flexibilización del mismo. De este modo, el crecimiento del desempleo, la ruptura de la negociación colectiva, la introducción de las nuevas modalidades de contratación, etc. han invertido la anterior tendencia hacia la rigidez iniciando un proceso de flexibilización.

Desde este punto de vista, las irregularidades visibles en ciertos sectores productivos no corresponden a la otra cara de la modernización, sino que por el contrario son una consecuencia de la misma, y tal vez su máxima representación es la nueva morfología del mercado de trabajo, caracterizado por unas relaciones laborales regidas exclusivamente por la lógica del mercado que lleva incluso a la pérdida de la noción del derecho al trabajo.

Se plantean dos posiciones políticas todavía hegemónicas respecto a la cuestión del trabajo y el empleo:

- La nostalgia de los viejos tiempos del pacto social fordista, reactiva y conservadora en tanto que parece aclamar y admitir la explotación del pleno empleo. Representa pues una realidad laboral vieja, caracterizada todavía por la homogeneidad de las condiciones de vida de la fuerza de trabajo.
- Pero lo que nos encontramos es con una hegemonía tendencial de las nuevas figuras del trabajo atípico (y ya con un carácter estructural) caracterizadas por la precariedad de las condiciones de trabajo y de los niveles de renta. Ante esta ampliación exponencial del trabajo atípico, la estrategia sindical ha basculado entre el refuerzo de su vocación corporativa y el sueño involucionista del retorno al pleno empleo de los tiempos del *welfare*, gracias a diversas fórmulas de reparto del trabajo.

En un primer bloque situaremos algunas de las más relevantes entre las ‘posibilistas’ o ‘alternativas’, respetuosas por lo general con las reglas de juego que regulan la esfera macro y microeconómica, cuyo denominador común radica en el propósito de atenuar las consecuencias generadas por la dualización social producto del cambio tecnológico-político. Yendo un poco más allá, en algunos casos se presupone que el desarrollo de algunos de los sectores desmercantilizados, acabará por transformar la organización capitalista de

la sociedad (versión socialdemócrata de fin de siglo). En esta última se puede distinguir escuetamente:

- a) En el contexto de la redistribución del trabajo (se concibe que el trabajo es condición necesaria para la obtención del complemento económico) instaurar un contrato social renovable que permita percibir una remuneración, 'segundo cheque', como compensación por la disminución en los ingresos a causa de la reducción en horas de trabajo.
- b) Derecho a una 'renta básica', modesta sin contrapartidas (obligaciones) como compensación por haber renunciado voluntariamente a concurrir en el mercado de trabajo.
- c) 'Renta básica' garantizada para todo excluido calculada a partir de las posibilidades que ofrece el PIB (producto interior bruto).

### La corriente de la autonomía obrera

Por último autores como T. Negri, M. Lazzarato, M. Tronti, S. Bologna... parten de una sospecha: la curiosa fascinación de los marxistas con los mecanismos capitalistas del despotismo fabril o de la dominación cultural burguesa y la instrumentalización de la lucha de la clase obrera. Ello les había impedido contemplar la visión de un auténtico sujeto antagonista; sólo se reconoce a la clase capitalista como único sujeto activo de la historia, ya que incluso el desarrollo de la clase obrera se percibe como una derivación más o menos sometida al despliegue del capital. Pero lo que estos autores sostienen es que no ha habido sólo uno sino dos sujetos en la historia del capitalismo, y por tanto una creciente tensión entre la dialéctica del capital y sus leyes de expansión por una parte, y una lógica antagonista de separación de la clase obrera por otra.

La dialéctica no es aquí una ley metafísica ni un desenvolvimiento cronológico, sino más bien la forma en que el capital trata de anular la lucha de clases. En otras palabras, cuando el capital logra someter la subjetividad de la clase obrera a la condición del desarrollo capitalista imponiendo una unidad de movimiento, lo que necesariamente debe hacer es anticipar, desbordar a este otro sujeto -la clase obrera- que se desenvuelve con su propia lógica separada, una lógica que no es dialéctica, sino más bien antagonista: no trata de establecer un control sobre el otro sujeto, sino más bien de destruirlo para liberarse. Dos lógicas distintas para dos clases diferentes y opuestas.

La gran transformación en curso y su paradoja residen en que en la medida que el trabajo inmaterial,

convertido ya en un componente importante del proceso de trabajo, pertenece completamente al obrero, el sujeto-productor ya no se integra en la producción sólo con el ropaje del capital variable, sino que es portador simultáneamente de componentes de capital constante. Así, el mando capitalista bajo estas condiciones deviene más y más parasitario más y más superfluo. Imposibilitado de dirigir y movilizar unilateralmente el proceso de trabajo, como lo hacía anteriormente a través de la distribución arbitraria entre trabajo intelectual y trabajo manual, el capital se ve obligado a utilizar más frecuentemente el poder político en términos de función represiva. Mientras la democracia se hace cada vez más restringida, el nuevo sujeto obrero reivindica para sí toda la hegemonía en el proceso de trabajo. Sobre esta potencialidad política se asienta la nueva composición de clase.



Es la hora entonces del *obrero social*. El concepto de obrero social pertenece a la época en la que el ciclo del capital productivo no puede ser más identificado con la fábrica, sino con un proceso que transcurre en toda la sociedad. El obrero social es el sujeto social constituido en la dinámica del antagonismo cotidiano, portador, tanto en sus comportamientos como en su subjetividad, de la respuesta radical a la explotación y a la dominación capitalista en la época de la "subsunción real". Conforman la nueva figura obrera posfordista, de la misma manera que lo fue el obrero profesional calificado en la fábrica taylorizada, o el obrero masa en la fábrica fordista y del *Welfare State* keynesiano. La categoría del obrero social no está referida a una figura de clase abstracta o sociológica, sino a un sujeto colectivo que se define en y por su relación conflictiva con el estado de cosas presentes. El obrero social es la figura obrera hegemónica potencial.

La composición de clase del proletariado social alcanza por su forma un grado esencialmente social con características polivalentes, alto grado de movilidad y contenido inmaterial e intelectual desde el punto de vista de la sustancia del trabajo. Es el tipo de trabajo abstracto marxiano el que se ve modificado.

Simultáneamente se ha operado un proceso de fragmentación en el propio proletariado. Un sector protegido sindical y provisionalmente; y otro descentralizado y marginal, desprovisto de seguro social y profundamente explotado. En este marco se construye una “sociedad de asistencia” vergonzante que convierte a los pobres y precarios en sujetos de control al someterlos a técnicas de individualización y sumisión sustentando lo que se ha dado en llamar los “gobiernos de la individualización”. Las amplias capas de trabajadores sometidos a esta vida transitoria entre el empleo y el desempleo son testimonio de la forma violenta que adopta la subsunción real en nuestras sociedades. El hecho de que casi el 80% de los nuevos contratos de trabajo sean contratos “precarios” nos habla de un deslizamiento del modelo de relación salarial, del corrimiento del trabajo asalariado hacia el empleo, que crean un mercado de trabajo donde el término medio son los empleos precarios y sus extremos el desempleo y el empleo. Nadie está excluido de esta dinámica. Y son las políticas estatales las que legislan sobre el paso de una situación precaria al paro o al empleo. Hay en esto un particular interés en modelar y regular la fuerza social productiva. Ni las políticas de apoyo al empleo son productivas ni el seguro de desempleo es asistencia, sino formas sutiles de control y regulación de la fuerza social. Expresan de la manera más encubierta la moderna política de dominación y control del capital sobre el trabajo.

Pero la desestructuración de la clase obrera repercute sobre la propia lógica de la reestructuración capitalista. El capital experimenta una presión social que lo desestructura. Y el centro del proyecto capitalista pasa a ser la conjugación del mando y el control social. Nunca como hasta ahora el Estado fue tan intolerante con aquellos espacios sociales ambiguos donde se constituyen las minorías sociales, entre ellos los parados. El Estado capitalista se refuncionaliza de acuerdo con la lógica del capital que procura su estabilización.

Ha surgido un nuevo tipo de sujeto proletario que trasciende los términos del trabajado productivo o improductivo. Pero también la composición de clase del proletariado se ve brutalmente alterada por la irrupción de los parados que cuestionan en su dinámica no sólo la disciplina de la empresa sino también

su dependencia del Estado. Todo parecería indicar que la tendencia previsible es a la hegemonía del obrero social; mientras tanto, la virulencia de la oposición estará en manos de los excluidos sociales con fluctuaciones imprevisibles.

El punto de vista que articula la obra de estos autores en su búsqueda de los nuevos antagonismos de clase es el de la independencia del proceso de autovalorización proletaria. Y no sólo en una de las obras pioneras, *Dominio y Sabotaje*, toda la producción posterior de Negri por ejemplo se organiza, de un modo u otro, a partir de los supuestos básicos que en aquella se presentaban. El carácter activo, anticipador, no sólo resistente del proletariado, permite y exige una “autovalorización”. La “autovalorización” proletaria es, por decirlo de ese modo, la forma que asume el (contra)poder obrero, el conjunto de prácticas y formas de lucha, de instancias de resistencia, de materializaciones de su potencia de cambio, que el proletariado es capaz de levantar contra el poder del capital entendido como régimen y como sistema. La autovalorización proletaria y sus resultados constituyen la actuación colectiva que anula la dependencia y la explotación y que, además, proyecta la posibilidad de una articulación de la socialidad que se sitúe al margen del dominio capitalista.



Negri es consciente de que al introducir el punto de vista de la independencia está haciendo saltar por los aires en buena medida el modo habitual de entender las cosas por parte del movimiento obrero: si éste venía considerando a los capitalistas como los auténticos sujetos del curso de la historia (los que ejercen el poder -mientras el proletariado simplemente lo pade-

ce- y los que obtienen el plusvalor -mientras el proletariado es explotado o, a lo sumo, resiste a la explotación-), la nueva perspectiva insiste en el carácter también activo del proletariado, y en él cifra su capacidad de anticipación, de enfrentamiento y de revuelta. Para Negri el papel que el proletariado desempeña en la lucha de clases no es el de la resistencia sino, antes bien, el de la fuerza productiva que la burguesía se ve obligada a dominar para afirmar su poder y obtener su beneficio.



Sucede que la propia perspectiva adoptada, de manera paradójica, hace que la opción de la independencia de clase lleva a unas consecuencias cuya virtualidad teórica y práctica no está tan clara. En un primer término, tanto frente al insurreccionalismo como frente al oportunismo de la "utopía pacífica", Negri plantea la necesidad de construir la independencia de la clase obrera como proyecto de autovalorización, es decir, de buscar en la independencia frente a la explotación y el dominio la clave desde la que entender el objetivo práctico del movimiento; si el proletariado es una fuerza creadora y activa (no sólo de mercancías sino, fundamentalmente, de socialidad y vida, de relaciones sociales), la opción revolucionaria tiene que insistir en la necesidad de una apuesta por la construcción de redes de cooperación que anulen el dominio capitalista haciendo inviable el mantenimiento del dicho orden: lucha eficaz por la independencia proletaria, lucha por la autonomía (independencia proletaria = autonomía = comunismo); sin embargo, desde el momento mismo en que nos adentramos en esta obra, lo que era proyecto o afirmación de un deseo empieza a entenderse como una tesis sobre la realidad, lo que era exigencia se convierte en determinación "ontológica", hasta el punto de convertirse en un

discurso que crece sobre sí mismo y conlleva el peligro letal de verificarse a sí mismo siempre y tan sólo mediante los sucesivos pasajes de su propia lógica formal. Asumir el punto de vista de la independencia del proceso de autovalorización proletaria deja de significar "pretendemos construir la independencia y la autonomía respecto del capital y del mando" para pasar a entenderse como "el proceso de autovalorización obrera es radicalmente distinto del proceso de producción y reproducción capitalista". En otros lugares y en otros autores la cuestión recibirá una nueva vuelta de tuerca según la cual la clase trabajadora "se mueve y desarrolla con su propia lógica separada".

La lógica de la separación es, entonces, el elemento que permite la recomposición teórica y estratégica que la autonomía obrera despliega de forma programática; esa lógica de la separación es, pues, un artefacto desde el que es posible pensar en términos de autovalorización, esto es, en términos de no-compromiso con el orden capitalista: una lógica desde la que pensar una práctica que conduzca a la independencia de clase y la autonomía, desde la que levantar un proyecto (constituyente) frente al poder y frente a la resignación o el consentimiento, frente a la mediación que imponen las viejas instituciones del proletariado fabril y de la balanza geo-estratégica. Sin embargo, los "saltos" que se constituyen como instrumento necesario de la nueva categorización de la alternativa, acaban transformándose en la propia obra de Negri (y de algunos otros autores del ámbito) en determinaciones ontológicas supuestas, esto es, inducen derivaciones del pensamiento que de ningún modo pueden ser aceptadas sin crítica. El "salto" de método que explícitamente fundamenta la apuesta teórica que Negri realiza es un peligroso salto mortal que no se da sin consecuencias; supone una redefinición completa del proyecto de la "autonomía", de su concepto mismo: de entender la autonomía como anhelo de liberación (respecto del capital y respecto de cualquier tipo de mediación jacobina de las vanguardias) a entenderla como afirmación fáctica del carácter fundante del proletariado; el proletariado (social, ciertamente, pero proletariado) como sujeto de la historia, como entidad primordial, como la nueva *natura naturans* frente a la que el capital es puro momento reactivo, simple parásito del que habría que librarse. Pero tal vez, y aún aceptando la pertinencia del análisis de la composición de clase e incluso de la necesaria imaginación para anticiparse al futuro, el nudo del que la autonomía arranca explícitamente para fundamentarlos, en primer lugar es erróneo y en segundo término innecesario.

Es innecesario porque para producir una ruptura teórica con la vieja ortodoxia como para abrir la posibilidad de una nueva práctica política, es imprescindible (y basta con) mostrar la profunda esclerosis y la barbarie de pensamiento que supone mantener sus fórmulas y sus recetas, recuperando el verdadero sentido materialista que no anida sólo en una determinada versión ortodoxa de la teoría del valor. Es erróneo, simplemente, porque las tesis en la que se asienta es problemática y es precisamente en dicha discusión donde hallamos las líneas de fractura o bien las limitaciones de esta corriente:



1. En principio y ante todo, ausencia de correspondencia empírica entre lo enunciado y las realidades: no es un problema de las estadísticas, sino más bien de ontologización de las descripciones locales y coyunturales del propio ámbito de los autores. Véase por ejemplo la tan traída metáfora obrero masa-obrero social, surgida de la descripción de la emigración sur-norte y la proletarianización de estas masas campesinas en las cadenas fordistas del norte italiano, que ha acabado convirtiéndose en una categoría ontológica aplicable a cualquier ámbito del universo productivo, si no mundial al menos occidental.
2. En segundo lugar, un cierto "proudhonismo", porque se entiende el trabajo como una actividad humana genérica (hacer cosas que produzcan bienes y servicios de utilidad para los demás) y al mismo tiempo concreta. La unidad natural y original entre productores y obras y entre individuos y comunidades se encontraría coyunturalmente rota en el capitalismo (alineación, anomia, vampirismo) y necesariamente habría de ser reconstruida sin esa pesada carga que como lastre supone el capital. Pero

en realidad el trabajo da cuenta de unas relaciones sociales históricamente específicas, aquellas para las cuales su determinación salarial sitúa a la actividad productiva como mediación social dominante sobre el conjunto de las actividades sociales. Esto remite a la obra de Marx y sin embargo se contradice punto por punto con lo hasta aquí planteado: ni la emancipación posible consiste en la liberación del trabajo humano de sus corsés capitalistas (ese trabajo humano es una realidad capitalista), ni el desarrollo histórico viene impulsado por una contradicción esencial entre la producción (fuerzas productivas) y el mercado (relaciones de producción).

3. En tercer lugar porque el proletariado no es "autónomo"; no es cierto que su actuación en lo social esté determinada por una lógica propia, por la lógica de la autovalorización: otra cosa distinta es que pretenda construir su socialización al margen de la valorización capitalista. En este sentido el capital no es pura fagotización de la productividad obrera: si algo es constituyente de realidad (de realidad monstruosa, pero realidad: el mundo en el que vivimos) es el capital mismo; los tres tomos de *El Capital* están escritos, precisamente, para demostrarlo (y logran hacerlo). La sociabilidad, que aparecería aquí como el patrimonio exclusivo y arma fundamental de la organización política frente a la asocialidad (mercantilización, individuación, deshumanización) que caracterizan al capital, no es un monopolio de la clase obrera: el capital, la relación capital-trabajo, también crea sociabilidad.
4. La lógica de la separación, la que se ha manifestado en las luchas obreras durante siglo y medio como anhelo de ruptura de los marcos de la (re)producción capitalista, como anhelo de comunismo, no necesita ser pensada como un necesario momento del devenir dialéctico (y parece que es eso lo que estos autores hacen cuando convierten el paréntesis de método en determinación ontológica), ¿qué problema (teórico o político) encuentran en mantener el comunismo (el comunismo del aquí y ahora, el comunismo de la afirmación presente) en el terreno de los objetivos? El proletariado no es expresión del comunismo, no es comunidad libre (autónoma, autonormada) fagotizada por la avidez capitalista. Es, como el capital mismo, resultado de la articulación social capitalista con la que —como con el capital mismo— hay que acabar cuanto antes.

En nuestra opinión, la cuestión que se plantea es muy importante, sobre todo porque si se toma en consideración tiene consecuencias trascendentales. Señalaremos sólo tres de ellas:

Por un lado, hay que tener cuidado cuando se afirma, sin más explicaciones, que la dominación capitalista hoy es una dominación política.

En segundo término, hay que tener cuidado cuando, sin más explicaciones, se dice que hoy el obrero social es el sujeto revolucionario por el que circula el flujo del *General Intellect* que modula afectos e inmateria- liza los ciclos (re)productivos. Hay que tener cuidado porque cualquiera podría pensar que al comunismo “sólo” le falta la materialización política, algo así como tomar el poder o ganar unas elecciones: que el mundo “ya ha” cambiado y que sólo hay que cambiar el gobierno. La tesis de la autonomía de lo político no deja de causar estragos incluso entre quienes la criti- can explícitamente.

Por último, la lógica de la separación, la orientación de toda acción y de toda hipótesis teniendo como horizonte de la liberación (llamémosla así, de la auto- valorización posible) es una exigencia para cualquier opción política que no quiera hundirse en la resigna- ción o la complicidad. La lógica de la separación, sin embargo, no tiene porqué ser pensada como determi- nación ontológica.

### Bibliografía y sitografía

- ALONSO, L.E. (1998): “Crisis de la sociedad del trabajo, exclusión social y acción sindical: notas para provocar la discusión”. En M.A. García y A. Santos, *El reparto del tra- bajo*. Vol. 1. Alzira, Germania.
- AMIN, S. (2001): *Crítica de nuestro tiempo, a los ciento cin- cuenta años del Manifiesto Comunista*, México, Siglo XXI.
- ARONOWITZ, S. Y DI FAZIO, W. (1994): *The jobless future. Sci-Tech and the dogma of work*, Minneapolis, The University of Minnesota Press.
- BAGNASCO, A. (1987): *Las tres Italías*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- BAUDRILLARD, J. (1993): *El intercambio simbólico y la muerte*. Caracas, Monte Ávila.
- BENKO, G. y LIPIETZ, A. (eds.) (1994): *Las regiones que ganan. Distritos y redes. Los nuevos paradigmas de la geografía económica*, Valencia, Alfons el Magnànim.
- BIFO (2003): *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento social*. Madrid, Tafricanes de sueños.
- BILBAO, A. (1999): *El empleo precario. Seguridad de la economía e inseguridad del trabajo*. Madrid, Los libros de la catarata.
- BOLOGNA, S. (1998): *Nazismo y clase obrera*. Madrid, Akal.
- BOYER, R. (dir.) (1986): *La flexibilidad del trabajo en Europa*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- BRUSCO, S. (1992): “El concepto de distrito industrial: su génesis”, en PYKE, F.; BECATTINI, G. y SENGENBERG- ER, W. (comps.): *Los distritos industriales y las pequeñas empresas. I. Distritos industriales y cooperación interempresarial en Italia*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CASTEL, R. (1997): *La metamorfosis de la cuestión social*, Barcelona, Paidós.
- COCCO, G. y VERCELLONE, C.: *Los paradigmas sociales del posfordismo*, <http://www.nodo50.org/cdc/textos.html>
- GARCÍA DEL CAMPO, J.P.: *Una lógica de la separación (Para discutir con Negri)*, <http://tallerv.contrarios.org>
- HABERMAS, J. (1984): *Ciencia y técnica como ideología*. Madrid, Tecnos.
- HARDT, M. y NEGRI, T. (2002): *Los trabajos de Dionisios*. Madrid, Akal.
- LAZZARATO, M. y NEGRI, T.: *Formas de vida y producción de subjetividad*, <http://www.nodo50.org/dado/textosteo- ria.html>
- MÉSZÁROS, I.: *La teoría económica y la política: más allá del capital*, <http://www.herramienta.com.ar/>
- NEGRI, T. (1979): *Dominio y sabotaje*, Barcelona, El Viejo Topo.
- NEGRI, T. (1980): *Del obrero masa al obrero social. Una entrevista sobre el obrerismo*, Barcelona, Anagrama.
- NEGRI, T. (2003): *Marx más allá de Marx*. Madrid, Akal.
- NEGRI, T. y HARDT, M. (2001): *Imperio*. Barcelona, Anagrama.
- OFFE, C. (1984): *La sociedad del trabajo. Problemas estruc- turales y perspectivas de futuro*. Madrid, Alianza.
- OIT (1999): *Informe sobre el empleo en el mundo 1998-1999, Tendencias del empleo en el mundo: un panorama desalentador*, Ginebra, OIT.
- PETRAS, J. (2000): *Globaloney, el lenguaje imperial, los int- electuales y la izquierda*, Antídoto-Herramienta, Buenos Aires.
- PIORE, M. J. y SABEL, C. F. (1990): *La segunda ruptura industrial*, Madrid, Alianza.
- RIFKIN, J. (1997): *El fin del trabajo*, Barcelona, Paidós.
- RIFKIN, J. (2000): *La era del acceso, la revolución de la nueva economía*, Buenos Aires, Paidós.
- TRONTI, M. (1999): *Obreros y capital*. Madrid, Akal.
- VV.AA. (1993): *La larga noche neoliberal*. Barcelona, Icaria.
- VV.AA.: *Posfordismo y producción inmaterial*, <http://- www.nodo50.org/dado/textosteo- ria.html>